

Respuestas militares y de ayuda: El dilema afgano Respuesta a Astri Suhrke y Juan Garrigues

Robert Matthews

Analista, Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

"Cuando más es menos" por Astri Suhrke

En su extenso informe, "Cuando más es menos: contribuir a la construcción del Estado en Afganistán",¹ Astri Suhrke escribe un erudito y provocador tratado que presenta una crítica convincente de la ilusión occidental –y hasta podríamos decir encaprichamiento– con la ayuda internacional a Afganistán después de septiembre de 2001. Suhrke rechaza el argumento de que no hubo suficiente ayuda (que la ayuda prometida no ha estado disponible o que fue poca en comparación con otras áreas en conflicto, tales como los Balcanes). El fracaso en desarrollar una economía local viable, las alternativas disponibles en la economía de la amapola y la fragmentación política del país, han actuado en tándem para minar la autoridad política del Gobierno central.²

Adicionalmente, Suhrke sostiene que las críticas acerca de que la ayuda ha sido demasiado dirigida hacia una solución militar no comprenden el punto principal. El argumento central de Suhrke es que tanto la asistencia económica como la militar, en la forma en que es otorgada y gestionada por los extranjeros, y a la luz de la incapacidad receptora del aparato burocrático gubernamental afgano es, en el mejor de los casos, una medida provisional que en el largo plazo es más que simplemente vana. El Estado rentista creado por la ayuda extranjera es antitético para llevar a cabo el objetivo primordial de un gobierno central responsable y legítimo. Ésta es sucesivamente una precondition necesaria para la construcción de un Estado fuerte y autosostenible y "el opuesto exacto (...) del objetivo de un proceso de construcción del Estado."

De hecho, hay aquí un problema inherente y que se autoperpetúa de la ayuda extranjera que crea expectativas que luego no puede cumplir – condiciones clásicas para provocar protestas y revueltas. El presupuesto externo, que es competencia de la comunidad internacional de donantes, ha producido condiciones de debilidad, dependencia y "cuasi-soberanía". La perceptible debilidad política del Gobierno, su identificación con fuerzas anti Islámicas y su falta de habilidad tanto para generar seguridad o beneficios económicos para la reconstrucción del Estado, como para controlar la corrupción y proveer gobernanza y procedimientos judiciales a nivel local, se han combinado entre sí para que la alianza con el Gobierno de Hamid Karzai se torne poco atractiva o manifiestamente peligrosa.

Suhrke es igualmente inflexible acerca de la naturaleza contraproducente de la ayuda militar extranjera y de la dependencia en las tropas occidentales para proveer

¹ Astri Suhrke, "Cuando más es menos: contribuir a la construcción del Estado en Afganistán", Documento de trabajo N° 26, FRIDE, Madrid, septiembre de 2006, www.fride.org

² El 90 por ciento de la heroína que llega ahora a Europa proviene de Afganistán. Para un completo análisis de la cuestión del fracaso en el intento de frenar el cultivo de la amapola y el tráfico de drogas y su impacto en la inestabilidad y la insurgencia, ver: "Losing Ground: Drug Control and War in Afghanistan", Transnational Debate Papers, No. 15, Transnational Institute, diciembre de 2006.

seguridad y derrotar a la insurgencia. Suhrke una crítica, cada vez más común, de las operaciones de mano dura que indiscriminadamente matan civiles, y desafían el modelo de los Equipos de Reconstrucción Provinciales (*Provincial Reconstruction Teams*, PRTs) – unidades cívico-militares con responsabilidades dobles de seguridad y desarrollo. Suhrke argumenta de manera convincente que los PRTs han enfatizado la seguridad, trabajando con los militares, y derrotando al enemigo en detrimento de la reconstrucción. Dado que los Talibanes y otros insurgentes y sus simpatizantes a menudo se encuentran entre la población local, el trabajo para el desarrollo económico ha quedado bastante circunscrito. Así, la ayuda extranjera, tanto militar como económica, como se interpreta hoy en Afganistán, contiene las semillas de su propia contradicción. Más ayuda en cantidades absolutas –tanto económica como militar– mientras se mantengan las actuales estructuras locales e internacionales y actores, no resolverá el problema del Estado débil y fragmentado de Afganistán. De hecho está teniendo el efecto opuesto al estimular la creciente violenta insurgencia en ese país.

Tal vez Suhrke pueda estar exagerando para hacer un punto importante y alentar una mirada fresca sobre el juicio realizado en relación a los beneficios de la ayuda extranjera. Si la ayuda económica puede haber llegado a convertirse en contraproducente, también es verdad que el Gobierno hubiera colapsado sin ayuda extranjera. En lo que respecta al componente militar, Suhrke y Garrigues necesitan ofrecer una discusión más compleja y matizada acerca de su aplicación. ¿Cómo la ayuda militar y la fuerza militar –especialmente al comienzo– habrían podido ser aplicadas de manera distinta y calibradas y coordinadas con la ayuda económica para garantizar la seguridad interna necesaria para el logro de los objetivos de desarrollo? Se está tornando crecientemente evidente que la campaña militar liderada por EE.UU. para cortar de raíz el terrorismo y pacificar Afganistán ha resultado hasta 2007 en más terrorismo –incluyendo la ausencia de bombardeos suicidas hasta el momento– y más guerra. Como en otras situaciones internacionales, la administración Bush ha manifestado casi de manera obsesiva una dependencia en soluciones estrictamente militares. El Departamento de Defensa de EE.UU. ha liderado la ayuda militar occidental y ha gastado once veces más en sus esfuerzos militares que en un programa de reconstrucción económica. Más aún, la concentración de la aplicación de mano dura por parte del Pentágono en simplemente buscar y matar objetivos de Al Qaeda y la insurgencia Talibán, mientras que permanece indiferente a serias pérdidas civiles tanto en bombardeos terrestres como en campañas aéreas, y su connivencia con los señores de la guerra, ha dañado seriamente el objetivo primordial de ganar la lealtad del pueblo afgano. Queda por ver si puede haber contribuido en un futuro próximo a revertir el proceso de construcción del Estado.

“Por qué a veces más es más” por Juan Garrigues

Juan Garrigues en su artículo “Por qué a veces más es más: Asistencia militar a Afganistán”³ ofrece una respuesta a Astri Suhrke. Garrigues comparte el sólido argumento de Suhrke en relación a la calidad contraproducente de la ayuda económica, la cual necesita ser ajustada a la competencia de las estructuras locales afganas para que sean absorbidas y utilizadas de forma eficiente. Menos ayuda

³ Juan Garrigues, “Why sometimes more is more: military assistance to Afghanistan”, Comentario, *FRIDE*, Madrid, febrero de 2007, www.fride.org

económica, pero administrada de manera más inteligente, podría ser ahora un enfoque más práctico.⁴

Sin embargo, está en desacuerdo en que esto sea válido también para la ayuda militar, sobre la que Suhrke dice que “fue mal concebida desde el principio debido a una agenda demasiado ambiciosa de la asistencia militar”. Suhrke argumenta que la propia naturaleza de la intervención militar extranjera deslegitima al Gobierno y por consiguiente mayor presencia militar –aun al comienzo– significaba menor legitimidad.

Garrigues mantiene que la inicial leve huella de las fuerzas de la ONU y la OTAN y la decisión de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF) -con mandato de la ONU y liderada por la OTAN- de limitar la presencia de las tropas internacionales a Kabul, han tenido efectos desastrosos. Garrigues cree que el momento de actuar era crucial y más al comienzo hubiera significado más legitimidad –y quizás, a la larga, de manera definitiva– para el nuevo Gobierno de Kabul cuando todavía gozaba de relativa credibilidad por parte del pueblo. Adicionalmente, Garrigues argumenta que una mayor y mejor coordinada presencia militar en manos de la ISAF liderada por la OTAN (más que al mando del Ejército de EE.UU.) al principio de hecho habría provisto la necesaria seguridad para superar las imperfecciones del plan de asistencia económica y conseguir el apoyo de la población. Esa oportunidad perdida parece ahora fatídica. El error de haber retenido la fuerza militar potencial consecuentemente llevó al aumento de la insurgencia, el deterioro de la seguridad y a la parálisis del programa internacional de reconstrucción económica.

Mientras que Suhrke descarta la crítica convencional de que los esfuerzos internacionales han estado empleados y financiados de manera inadecuada, Garrigues sí sostiene esa crítica –especialmente en crítica etapa inicial crucial. Ciertamente, comparada con muchas situaciones recientes de pos conflicto - Afganistán nunca fue considerado en el mismo sentido que Bosnia y Kosovo– ha tenido relativamente menos pacificadores y recursos. En 2005, Washington estaba preparando la reducción de sus tropas de 20.000 a 17.000 efectivos.

Más aún, el espantoso error garrafal que fue la decisión de la administración Bush de invadir y ocupar Irak ha tenido consecuencias seriamente negativas para la política de Occidente en Afganistán. La obsesión de Washington con el falso peligro de Irak drenó los recursos militares, la ayuda para la reconstrucción económica y la energía política lejos de la zona de la frontera entre Afganistán y Pakistán. La desviación de atención al catastrófico desastre de Irak desvió el enfoque de la guerra contra el terrorismo del verdadero centro geográfico de los ataques terroristas del 11 de septiembre. El tratamiento de Washington con guantes de seda del Gobierno paquistaní de Pervez Musharraf junto con la tolerancia militar y de los servicios de inteligencia (*Inter-Services Intelligence*, ISI) paquistaníes para con los luchadores Talibanes en sus áreas fronterizas, inhibieron los esfuerzos para neutralizar tanto a los Talibanes como a Al Qaeda en esa crítica zona. El sangrante prestigio de EE.UU.

⁴ Fariba Nawa, una afgana, escribe: “Es difícil probar cuánto del dinero donado en los últimos cinco años fue perdido, mal administrado, mal utilizado y, en algunos casos, robado. Pero el antiguo ministro del Interior afgano Ali Jalali dijo en una reciente entrevista periodística que estimaba que solo el 30 % de ese dinero estaba siendo gastado actualmente en proyectos de ayuda en el país”. Ver “Cómo Occidente cambió Afganistán a corto plazo”, *Sunday Times*, Londres, 29 de octubre 2006.

en el mundo musulmán complicó aún más la cuestión de la legitimidad del Gobierno aliado de Karzai.

El énfasis de Garrigues en mayor ayuda militar y aplicación de la fuerza por parte de la ISAF, sin embargo, evita la cuestión más esencial de exactamente cómo dichas fuerzas adicionales deberían haber sido empleadas. Si bien Suhrke reconoce la insuficiencia de una respuesta militar simplificada, su hincapié en una menor fuerza militar también limitó un debate pleno acerca de las complejas estrategias de seguridad requeridas. Si las fuerzas occidentales de coalición hubieran sido más prominentes después de septiembre de 2001, pero, como es probable, siguiendo el enfoque del Pentágono de eliminar la oposición armada más que de desarrollar un abigarrado programa para proveer seguridad local, es muy posible que el escenario que describe Suhrke hubiera simplemente aparecido antes.

Suhrke recalca correctamente el hecho de que EE.UU. ha sido y continúa siendo "claramente (...) el actor internacional más importante". Aun cuando el Pentágono empujó el desarrollo de un ejército nacional afgano y para mediados de 2006 transfirió parte de sus funciones militares a la OTAN, el papel de EE.UU. continúa siendo dominante y Washington "continúa estableciendo las reglas de juego para la participación militar internacional en virtud de sus propias fuerzas de combate en el terreno (en Operación Libertad Duradera) y como el miembro más prominente de la OTAN".

Vemos ahora, por ejemplo, cuando la OTAN desempeña un papel mayor, que está básicamente siguiendo las reglas de juego de EE.UU., bombardeando objetivos de tal modo que produce víctimas civiles y amarga y aliena a los afganos. Los militares están entrenados para matar al enemigo y estaban –y están– haciendo lo que los militares hacen –a veces de manera desafortunadamente excesiva y torpe. Lo que podría haber hecho una diferencia es no tanta ayuda militar sino un enfoque de seguridad basado en un serio esfuerzo en el desarrollo de la policía local (especialmente rural), la recopilación de información de inteligencia y capacitación judicial, y la erradicación de la corrupción. No existe tampoco ningún indicio de que habrá un cambio en la estrategia militar en el corto plazo. En la cumbre de la OTAN en Riga en noviembre de 2006, Washington solicitó ayuda a sus aliados de la OTAN para quitar las castañas del fuego en Afganistán enviando más tropas mientras que no ofrecía evidencia de que el Pentágono reconociera sus errores pasados por acción u omisión.

La ISAF fue y es todavía sujeto de la estrategia de EE.UU. y es improbable que estuviera desconectada del plan de juego del Pentágono. La OTAN asumió el control de la ISAF en 2003, pero EE.UU. dominaba aún, proveyendo el grueso de las tropas y gran parte de la estructura de comandancia compartida. Las fuerzas de la OTAN, aunque fueron criticadas por ser menos agresivas que las fuerzas estadounidenses, estaban esencialmente subordinadas al conjunto de la estrategia militar de EE.UU. Ésta fue la que definió la seguridad de largo plazo a partir de la matanza del mayor número posible de Talibanes y otras fuerzas de insurgencia antigubernamentales, con el fin de contribuir a eliminar la amenaza física que significaban para el nuevo Gobierno afgano. Actualmente, la ISAF, que cuenta con 32.000 hombres y está formada por personal de 34 nacionalidades, reclama haber eliminado 4.000 Talibanes o *jiihadistas* extranjeros en batalla durante el pasado año. Inclusive, en 2006 se asistió al mayor número de ataques insurgentes desde 2001. Se dan ahora aproximadamente 600 ataques por mes, todavía lejos de los casi 1.000 por semana

de Irak, pero cuatro veces la cifra alcanzada en Afganistán el año pasado. Los Talibanes están renaciendo en el interior de Afganistán y en Pakistán a lo largo de las 500 millas de frontera de las áreas tribales.

La fuerza militar brutal contra el terrorismo ha probado ser tan inútil como la doctrina clásica de la contrainsurgencia advierte que es para confrontar la insurgencia local. En general, cuanto más se fortalece la fuerza militar –aun al principio– más se arriesga a perder la fidelidad de la población que se intenta ganar por utilizar una fuerza excesiva. Así como con la contrainsurgencia, el primer objetivo en una campaña antiterrorista es ganar el control de la población y luego obtener su apoyo. Resulta claro así que cualquier intento serio para alcanzar el crítico pero elusivo “punto de inflexión” en Afganistán debería haber empezado no con el desarrollo de un ejército nacional, sino con la provisión de seguridad local – una precondition para la consecución de cualquier otro de los objetivos. La cuestión, sin embargo, es cómo se consigue esta seguridad. Aplicar simplemente la presión militar como sugiere Garrigues –una huella pesada, pero plantada con mayor precisión y cautela– sin atender a otras medidas de seguridad de largo plazo, corre el riesgo de producir justamente el tipo de alienación de la población y la consecuente deslegitimación del Gobierno central contra lo que Suhrke advierte.

Ahora de manera creciente, los comandantes de EE.UU. están reconociendo el peligro de simplemente arrojar más tropas a complejas insurgencias. Haciendo eco del General John P. Abizaid, el comandante en jefe en Oriente Medio, quien se opuso al aumento de la fuerza militar de EE.UU. en Irak sin un conmensurable énfasis en una solución política; el General James L. Jones, por entonces comandante supremo de la OTAN, recientemente dijo que no existía una solución puramente militar para Afganistán. Jones enfatizó la necesidad de “fortalecer a las fuerzas de policía locales, creando un sistema judicial viable y la construcción del Estado: promoviendo el desarrollo político y económico a escala nacional”.

Aun concediendo el argumento contra-factual que “más [fuerza militar] hubiera significado más [beneficios]” en el momento crítico inicial de la intervención, se puede sostener que ya es tarde para aplicar dicha fórmula ahora, como admite Garrigues. Las acciones militares extranjeras en Afganistán realizadas por la Operación Libertad Duradera liderada por la coalición y los abusos y el clima de impunidad en el cual éstos han ocurrido, contribuyeron a deslegitimar el Gobierno central – y lo llevaron cerca del crítico “punto de inflexión” de no retorno. Cualquier cambio ahora puede ser, como dice Garrigues, un caso de “demasiado pequeño, demasiado tarde”. Así, los argumentos en favor de mayor o menor aplicación de la fuerza en 2001-2002 son realmente académicos. La cuestión es si el debate se extiende hasta el presente. Hay un temor creciente acerca de que cualquier opción sea ahora inadecuada para derrotar a la insurgencia y estabilizar a Afganistán. Las recomendaciones políticas, explícitas en la tesis de Suhrke e implícitas en la crítica de Garrigues, pueden llegar a ser crecientemente irrelevantes.⁵

⁵ Ver, por ejemplo, relatos de la preocupante situación y los distintos niveles de pesimismo en Afganistán en los siguientes informes recientes: Barnett Rubin, “Saving Afghanistan”, *Foreign Affairs*, enero/febrero de 2007; “Afghanistan's war: A double spring offensive”, *The Economist*, 22 de febrero de 2007; “Breaking Point. Measuring Progress in Afghanistan”, Center for Strategic and International Studies, Washington, 23 de febrero de 2007.

Muchos afganos tenían escasa simpatía por los Talibanes en tiempos de la invasión. Un gobierno que hubiera enfrentado seriamente la cuestión de la seguridad y hubiese proporcionado una medida de justicia social y protección contra los abusos de las autoridades habría dado un gran paso hacia el reaseguro del apoyo popular en el largo plazo. Mucho más importante para el tipo de conflicto que vemos en Afganistán es el desarrollo de la cooperación y el compromiso de la población con emprender conjuntamente un proyecto de construcción de la nación. Un pueblo que se siente empoderado, invirtiendo en el éxito de esta empresa, es poco susceptible a convertirse en recluta de, simpatizante con -o simplemente buscador de protección- de fuerzas insurgentes. En cambio, el esfuerzo militar liderado por EE.UU. cambió a corto plazo estos objetivos y las medidas que resultaron efectivas en disuadir a la insurgencia –la recopilación y distribución de información de inteligencia a través de la fronteras, el no dramático pero meticuloso trabajo policial y los procedimientos de seguridad para limitar las posibilidades del terrorismo. Occidente debió haber trabajado para la seguridad “sostenible” (esto es, viable y de largo alcance). EE.UU., cuando consideró este objetivo, lo buscó sólo a través de despliegues militares.

Entonces, ¿qué hacemos ahora? Es dudoso que un cambio tal como el descrito más arriba permita a Afganistán alcanzar su “punto de inflexión”. Es todavía más dudoso que tal cambio esté a la vista.

A través del lanzamiento de una feroz campaña contra los Talibanes y etiquetando toda resistencia a la ocupación extranjera como relacionada con los Talibanes, la ISAF y EE.UU. han combinado estos grupos en la mente de los afganos y por consiguiente fortalecido su identificación común. Más aún, los bombardeos aéreos de la OTAN han producido un desmesurado número de bajas mortales entre los civiles afganos, provocando enormes protestas hasta del Gobierno Karzai, el cual indudablemente se preocupa por el potencial crecimiento de simpatías antioccidentales y la multiplicación de enemigos de un régimen aliado con Occidente. Como un oficial mayor de las fuerzas militares occidentales contó al *Washington Post* el 16 de septiembre de 2006, “Matamos muchos Talibanes, pero no se están quedando sin soldados de a pie, y por cada uno que matamos, creamos nuevas familias que nos odian”. Finalmente, debería recordarse que la mera supervivencia de la insurgencia es en sí misma un triunfo que aumenta su prestigio en el país. Los especialistas en contrainsurgencia aseguran que “la guerrilla gana si no pierde. El ejército convencional pierde si no gana”.

Afganistán está experimentando actualmente su peor ola de violencia desde que el régimen Talibán fue derrocado cinco años atrás. Los militantes están utilizando tácticas tales como bombardeos suicidas y callejeros que han fragmentado completamente la seguridad en Irak. El año 2006 registró casi 140 ataques suicidas, incluyendo los ocurridos en Kabul. Las tan anunciadas elecciones del año pasado no produjeron la estabilidad que prometieron; el cultivo de la amapola ha crecido en el vacío de seguridad que las todavía débiles fuerzas nacionales afganas no pueden llenar. La producción de heroína está creciendo rápidamente. En enero de 2007 el Comandante Talibán Mullah Muhammad Omar anunció que nunca negociaría con el Gobierno apoyado por EE.UU. de Hamid Karzai e instó a la continuación de la guerra hasta que las fuerzas extranjeras se retiren. La situación de Afganistán continúa deteriorándose. Un síntoma de la extensión de la violencia fue el bombardeo callejero que mató a una soldado española el 21 de febrero de 2007 en la relativamente tranquila zona de Heart. La OTAN, que se ve a sí misma como la alianza militar más poderosa del mundo, se enfrenta a la real posibilidad de una

derrota política e incluso militar en su sangrienta guerra de desgaste con los Talibanes. La OTAN echa ahora una mirada cauta a lo que ha sido anunciado como una casi segura ofensiva de primavera por parte de la insurgencia dominada por los Talibanes.

EUROPA Y AFGANISTÁN

Afganistán se ha convertido en un "test case" para la OTAN. Si la alianza fracasa allí, "la OTAN estará terminada", dijo el antiguo Consejero de Seguridad Nacional estadounidense, Brent Scowcroft.⁶ Mientras que personas desde el Presidente George Bush hasta el Senador John McCain, y los socios de la coalición que luchan en el sur - como Gran Bretaña y Canadá-, están reclamando frustradamente mayor asistencia de otros países miembros de la OTAN como Alemania e Italia, los países de la OTAN permanecen divididos en cuanto el compromiso y la estrategia. Al mismo tiempo, Gran Bretaña está retirando 1.600 hombres de Irak (quedarán 5.500 efectivos), y está enviando 1.000 efectivos más a Afganistán para aumentar su compromiso hasta 6.000 (la OTAN tiene un total de 35.000 efectivos allí), y está comprometida a que permanezcan hasta por lo menos 2010. Alemania ha sido responsable de la reforma y el entrenamiento de la policía, e Italia de la mejora del corrupto sistema judicial a nivel local. Con todo, han recibido presiones para hacer más y obtener mejores resultados, así como para contribuir a la lucha en el sur. Los ministros de Defensa de la OTAN concluyeron una reunión en Sevilla el 9 de febrero de 2007 sin haber llegado a realizar mayores compromisos para cubrir los vacíos de sus esfuerzos militares en Afganistán.

Las distintas estrategias revelaron visiones fundamentalmente divergentes acerca de los propósitos de la OTAN. EE.UU. ve a la Alianza Atlántica como parte de la lucha global contra las amenazas terroristas y los Estados a punto de colapsar. La Casa Blanca lo llama el "horizonte global". Pero los aliados de EE.UU. y la OTAN están aumentando sus críticas a las tácticas militares estadounidenses, señalando que los bombardeos y las violentas búsquedas casa por casa están movilizandando a la población civil contra las tropas de la OTAN. "Los americanos están por la guerra y los europeos quieren resolver conflictos", dijo un funcionario alemán de la OTAN en Bruselas. Cuando la Canciller Angela Merkel mencionó a George Bush que la participación militar era importante pero que a la postre Occidente necesitaba luchar por la mente y los corazones de los afganos, Bush escuchó respetuosamente y después cambió de tema.⁷

La Unión Europea ha contribuido a proyectos civiles que fueron paulatinamente dominados por el mecanismo militar de las PRTs. Ahora, a través del relativamente nuevo mecanismo de manejo de la crisis en el marco de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), el Consejo Europeo y la Comisión Europea han anunciado que se implicarán en el trabajo necesario para la reforma de la policía y el sistema judicial designada para fortalecer la autoridad del Estado en las provincias. Coordinarán este trabajo con el realizado por los alemanes e italianos.⁸ Una vez más, queda por ver si ello no será demasiado poco y demasiado tarde.

⁶ "Afghanistan Overshadows NATO Meeting. Allies Deeply Divided on Eve of Summit", *Spiegel Online*, 27 de noviembre de 2006.

⁷ Ibid.

⁸ Iniciativa de Construcción de la Paz y Gobernanza en Afganistán, Centro Internacional de Toledo para la Paz, Madrid y Sevilla, febrero de 2007.

En el análisis final Suhrke es persuasiva en su argumento de que simplemente más ayuda, sin una estrategia para reconocer y actuar sobre la compleja realidad del terreno en Afganistán, nunca fue la respuesta. Obtener el apoyo del pueblo era mucho más crítico que el monto de la ayuda en sí mismo. Garrigues acierta al analizar el problema militar en períodos temporales y al indicar que una mayor dedicación de recursos militares al inicio habría producido un resultado más positivo. Pero ambos no consiguen abordar adecuadamente el problema de cómo la ayuda militar –tanto en las cantidades que de hecho se gastaron en el período inicial o en el escenario ideal de cantidades mayores- debiera haber sido coordinada con la ayuda económica para producir un ambiente de seguridad sostenible a nivel local.

El entendimiento y la actuación sobre las necesidades fundamentales de la población local en cuanto a seguridad y bienestar podría haber sido la manera más efectiva de utilizar la ayuda militar y económica extranjera, más que ir detrás de la necesidad del Pentágono de apuntarse victorias militares, y habría asegurado los objetivos de Occidente de apuntalar un Estado debilitado. En el largo plazo, sólo abordando directamente los graves problemas económicos y sociales al interior de Afganistán podemos esperar secar el pantano de violencia y terror que amenaza la seguridad de la población en áreas conflictivas. Aquellos que simpatizan y se unen a grupos violentos están a menudo motivados por el deseo básico de alcanzar una medida de justicia social y económica en sus vidas. La actuación concertada con las poblaciones locales para asegurar su dignidad y bienestar representa un mayor y más sólido cimiento que las actuales políticas de ayuda occidentales para construir y mantener la paz.

El tiempo puede estar agotándose para EE.UU. y la OTAN para ganar la batalla crucial por los corazones y mentes de los afganos. Occidente debe conseguir convencer al pueblo de Afganistán de que las fuerzas occidentales persiguen el objetivo político común de un Estado democrático e inclusivo. Debe ser todavía posible desactivar los vástagos de décadas de violencia interna y guerra contra la intervención extranjera –pero sólo y finalmente a través del enganche de la prudencia con el poder.

Los puntos de vista expresados por los autores de los documentos publicados en este sitio Web no reflejan necesariamente la opinión de FRIDE. Si desea expresar cualquier comentario en relación con los artículos o hacernos cualquier sugerencia, envíenos un correo electrónico a comments@fride.org.